

EL HOMBRE QUE ESCRIBIA CON LA BOCA

Joaquín Alcaraz, en sus primeros años, había sido albañil. Después durante toda la vida, solo fue enfermo.

Su enfermedad, arrancó de un accidente de trabajo que le afectó en una de las piernas, y que después se extendió por todo el cuerpo, hasta dejárselo llastado y deformado, inmobilizado y dolorido.

Vivió en la cama tantos años, que llegó hasta celebrar sus bodas de plata con el dolor. Y siempre pacífico, resignado, en una intensísima vida espiritual, un verdadero enfermo apóstol.

Leía libros piadosos, y escribía para comunicar sentimientos espirituales y dar buenos consejos, en cartas que se conservan como reliquias. Cuando la enfermedad avanzó hasta atenuarle las manos, aprendió a escribir con una pluma armada en un mango de madera que le metían en la boca. Un pequeño atril le colocaban sobre el pecho que hacía de mesa. Oprimía el mango entre los dientes y estampaba en el papel las hermosas ideas de su alma.

Estalló la guerra y un buen día entraron en su habitación unos milicianos, que venían a reclutar para las trincheras:

-¿Qué haces ahí?

-Estoy enfermo.

-Eso es mentira; lo que pasa es que tú no quieres ir al frente.

Y el jefe de los milicianos empezó a arrancarle las sábanas que le cubrían; pero al instante quedó paralizado, pues vio aquellas manos retorcidas, aquel pecho llastado.

-Ya había oído yo que en este pueblo hay un hombre que está parálítico y que escribe con los dientes. – dijo uno.

-Si eres tú ese hombre -retó el jefe- ¡A que no escribes con los dientes, delante de nosotros!

A una serena indicación del mismo enfermo, le pusieron su atril con un papel, y el mango de la pluma en la boca. El enfermo escribió: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... Le miraban en silencio. Varios de aquellos hombres querían llevarse el papel escrito con los dientes. El jefe se impuso y se lo guardó, mandando salir a todos.

Quedó sólo Joaquín Alcaraz, oyendo cómo se alejaban... Pero de pronto oye unos pasos precipitados que vienen escaleras arriba y penetran en la habitación. El recién llegado se planta en la puerta, mira hacia Joaquín, y le dice con una voz que tiembla en el aire:

-Ahora creo que hay Dios...

El enfermo, descubriendo su aceptación del dolor al escribir el Padrenuestro, había atraído sobre el miliciano la gracia interior que ilumina y convierte.



José Julio Martínez

ANITA LA GANSA

¿Te imaginas como sería ser enfermera y atender a los soldados heridos en un hospital, ubicado en plena línea del frente de batalla y en medio de una invasión aérea? Eso fue lo que hizo la hermana Bertilla.

Cuando era niña, a esta monja la llamaban "Anita, la gansa", porque todos pensaban que era demasiado torpe para aprender o hacer cosas. Su familia era muy pobre y ella no era muy educada, por lo que tuvo que trabajar como sirvienta, para ayudar a mantener la casa. Ella hacía tareas sencillas como fregar los trastos, lavar la ropa y asear la casa: y todos pensaban que eso era lo mejor que podría hacer.

Cuando cumplió dieciséis años, Anita ingresó en un convento y se convirtió en la hermana Bertilla. Les dijo a las otras hermanas que no sabía hacer muchas cosas, pero que quería aprender y ¡convertirse en santa!

Su superiora decidió que la hermana Bertilla podría ser una buena enfermera y eso cambió su vida. Ella poseía un gran talento para asistir a los enfermos y se convirtió en la enfermera más amada, eficiente y cariñosa del pabellón de niños de un hospital en Italia. Luego, en 1915, durante la Primera Guerra Mundial, el ejército italiano tomó el hospital y lo utilizó para atender a los soldados heridos. Tanto las enfermeras como los enfermos estaban aterrizados por los ataques aéreos, pero la hermana Bertilla se quedaba cuidando a todos aquellos que estaban demasiado graves para trasladarse a un lugar más seguro.

Cuando la guerra terminó, el pabellón de niños se reabrió y la hermana Bertilla pudo volver a asistir nuevamente a los más pequeños, sin preocuparse por los ataques aéreos. En el transcurso de su vida, "la gansa" pudo cumplir las dos cosas que más deseaba: aprender y ¡convertirse en santa!

LOS MANDAMIENTOS EN POSITIVO

Míralos de este modo:

-No basta con no matar, has de hacer algo por la vida.

-No es suficiente con no robar, tienes que compartir.

-No te contentes con no tirar bombas, pon paz en tu corazón.

-No te justifiques diciendo que no odias, ama también a los que te quieren mal.

-No digas que no eres injusto, trabaja por la justicia.

-No te laves las manos argumentando que no dices mentiras, da el primer paso para que resplandezca la verdad, aunque te señalen con el dedo.

Por eso mismo mataron a Jesús.

EL TOQUE SOBRENATURAL

Baltasar Gracián nació el 8 de enero de 1601 en la localidad zaragozana de Belmonte de Calatayud. A los 18 años ingresó como novicio en la Compañía de Jesús. Fue ordenado sacerdote a los 27 años y ejerció como profesor en diversos centros. En Huesca conoce a don Vicencio Juan de Lastanosa, hombre de gran cultura y muy rico que le anima a escribir y publicar, con la tranquilidad de que él lo financiaría todo.

Publicaba bajo pseudónimo, pues las normas jesuitas de entonces le hubieran impedido firmar con su nombre escritos que no fuesen estrictamente religiosos. No obstante, fue víctima de denuncias y sanciones, que llegaron al culmen en 1658, cuando publica *El Criticón*, obra en la que enseña a analizar lo que sucede en el mundo y las formas de comportamiento humano, desmitificando muchas cosas. Los superiores le reprendieron públicamente, le destituyeron de la cátedra de Zaragoza y le enviaron a Graus.

Tan dolido quedó, que escribió a Roma lamentándose del castigo sufrido y pidiendo cambiar de orden para irse a los franciscanos. No pudo cumplir su propósito porque al final de ese mismo año le sobrevino la muerte, el 6 de diciembre de 1658 en Tarazona. Tenía 57 años. Da que pensar.

Dicen que Gracián con sus obras y con sus predicaciones intentaba mejorar la condición humana, con avisos, consejos y modelos dignos de ser imitados, animando siempre a la esperanza religiosa. No obstante, su influencia se deja notar en Voltaire y Fenelon; en Schopenhauer o Nietzsche; y hoy en día es leído por ejecutivos y jefes de estado. ¿Por qué no se ha valorado la supuesta intencionalidad moral y religiosa de su obra? Posiblemente porque le faltó dar a sus escritos ese toque de sobrenaturalidad que transforma un tratado de ética o una reflexión sobre la naturaleza humana, sus relaciones, valores y debilidades en una escuela de virtud.

**Dichoso el que ama la soledad, que sabe acompañarse a sí mismo,
para encontrarse consigo mismo y con Dios.**



«Recuerdo la narración de los últimos momentos del padre Joseph Lagrange, O. P., fundador de la Escuela Bíblica de Jerusalén y ejemplo de valor, humildad y fe en las pruebas. Llevaba mucho tiempo en coma cuando, en presencia de sus hermanos de religión, de repente se sentó en el lecho, abrió los ojos y con las manos extendidas hacia lo alto, exclamó: «Jerusalén, Jerusalén». Fue como si hubiera visto la Jerusalén celeste. Luego, poco a poco, cerró los ojos, inclinó la cabeza y expiró.»

MARTA Y MARINA

Marta era una pobre enferma haitiana a la que se le iba pudriendo la vida poco a poco en una chabola de Santo Domingo. Dios le mandó un ángel en la persona de Marina: la bañaba, la vestía, le llevaba comida, le arreglaba, y sobre todo le daba todo el amor de su corazón de joven misionera. ¡Cuántas horas junto al lecho de su dolor, cuanto sufrimiento compartido y asociado a la pasión, gracias a la caridad de una misionera!

Marina fue con Marta a incontables hospitales. Después de muchas colas y muchos desprecios porque Marta era negra y haitiana, por fin un día logró que fuera atendida en el hospital militar de San Isidro. Marta tenía sífilis (y un montón de cosas más). El médico le indicó a Marina que le hubiera gustado ingresarla pero "comprenda señorita -le dijo- que a este hospital vienen también nuestros familiares y no podemos ingresar a la gente esta porque tendríamos que desinfectar todo el hospital... Jesús -como tantas veces- fue abandonado en la persona de Marta por las cunetas de la vida, sin un lugar donde reclinar la cabeza. Y regresó Marina con Marta a su chabola o batey como llaman allí.

Desde su lecho Marta miraba al techo con un rosario de bolitas fluorescentes en una mano y la Biblia en la otra. Me decía muchas veces: "nacé para sufrir, pero cuantos hay que no tienen en este mundo gente tan buena como ustedes para aliviar las penas... Si hubiera más gente así todo el mundo sería feliz... ". Y yo salía de allí avergonzado pero pensando: "¿por qué no habrá más gente así para que las Martas de este mundo no tuvieran que llorar más y fueran todas acogidas en tu amor?".

Una mañana, temprano, apenas estaba amaneciendo, llamaron a mi puerta: Sólo encontramos a un niño. Temblaba de miedo, "mi mamá se está muriendo", nos dijo. Salimos varios al batey, y, efectivamente, Marta ya agonizaba. Rezamos con ella, recibió la absolución, la recomendación del alma y la pusimos en manos de la Virgen. Eran las tres de la tarde cuando Marta murió.

Descansa en paz, Marta, nuestro Cristo del madero, y que te alegres para siempre porque aunque en esta tierra nadie te quisiera... ahora ves que "también los negros se van al cielo..."